

Ceremonial monárquico y rituales cívicos: las visitas reales en Barcelona desde el siglo xv hasta el xvii*

ALFREDO CHAMORRO ESTEBAN

El regreso del rey a Barcelona era un acontecimiento de gran trascendencia para sus habitantes, acostumbrados ya, desde mediados del siglo xv, a no contar con la presencia de su señor natural en el principado. Esta tendencia, muy acusada durante el reinado de Alfonso el Magnánimo, tuvo continuidad durante el de su sobrino Fernando el Católico y, más aún, a lo largo de las dos centurias siguientes. Y es que los miembros de la dinastía Habsburgo visitaron la Ciudad Condal en contadas ocasiones y, cuando lo hicieron, fue tras subir al trono por la obligación que tenían de venir a jurar los privilegios y constituciones de Cataluña y Barcelona. Así, a pesar de que Carlos V visitó frecuentemente el principado, apenas lo hicieron sus sucesores hasta llegar incluso a no hacerlo, como ocurrió durante el gobierno de Carlos II.

* Tesis doctoral dirigida por el doctor Joan-Lluís Palos Peñarroya, defendida el 11 de octubre de 2013 en la Facultad de Geografía e Historia de la Universitat de Barcelona, delante de un tribunal formado por Mariángeles Pérez Samper, catedrática de Historia Moderna de esta universidad; Ignasi Fernández Terricabras, titular de Historia Moderna de la Universitat Autònoma de Barcelona, y James Amelang, catedrático de Historia Moderna de la Universidad Autónoma de Madrid. El tribunal consideró la tesis merecedora de la calificación de *Excellent*.

En esta tesis doctoral he estudiado la presencia real en Barcelona desde el reinado de Fernando el Católico, concretamente desde su primera entrada en la ciudad ya como rey de la Corona de Aragón, en 1479, hasta la muerte del último soberano de la dinastía Habsburgo, Carlos II, ya en 1700. Dicha investigación continúa la llevada a cabo para la obtención del Diploma de Estudios Avanzados y que sirvió como primera aproximación al tema, basándose especialmente en la ceremonia de la entrada real. Así pues, esta tesis responde a una voluntad del autor de profundizar en el tema y de resolver muchas de las cuestiones surgidas entonces. Asuntos como reconstruir el aposentamiento del rey y su corte; estudiar el aprovisionamiento de alimentos de la ciudad para la ocasión, tanto trigo como carne y pescado, o entender el complejo sistema ritual y ceremonial de la ciudad de Barcelona, por un lado, y el de la monarquía, por otro, eran, entre otros muchos, algunos de los planteamientos iniciales que me hice a la hora de emprender el estudio. Desde el primer momento fui consciente del problema que comportaba realizar un estudio que abarcase una cronología tan amplia: algo más de dos siglos, en los que la realidad social, política, económica y cultural de Cataluña, en general, y de Barcelona, en particular, había evolucionado y cambiado mucho. Sin embargo, creí conveniente hacerlo de este modo, para poder observar y analizar la evolución de la presencia real en la Ciudad Condal y, a su vez, el desarrollo del contacto ceremonial entre la monarquía y las instituciones catalanas, objeto principal de este estudio.

Vitalidad de los estudios ceremoniales

El estudio de las ceremonias y de las fiestas reales es multidisciplinar. Los estudiosos pioneros en esta materia fueron los historiadores del arte y los de la literatura. Pero, pronto, otros historiadores también se interesaron por ella. Así, la presente tesis se enmarca en una tradición historiográfica surgida a raíz de la publicación de diversas obras determinantes en la evolución de este campo de trabajo, ya que mostraron

su interés en la historia cultural y, concretamente, en la cortesana. La obra del insigne historiador Jacob Burckhardt, *La cultura del Renacimiento en Italia*, inauguró el estudio de los festivales en época moderna. Los trabajos sobre los rituales de la realeza tuvieron un primer exponente en la persona de Marc Bloch, quien en su obra *Los reyes taumaturgos* analizó el origen y evolución del don que poseían los soberanos franceses e ingleses para curar a los escrófulos, tras ser ungidos con los óleos sagrados. El sociólogo Norbert Elias aportó en su obra *La sociedad cortesana* una determinante imagen de la corte de Luis XIV. Por su parte, Ernst Kantorowicz elaboró un concienzudo trabajo sobre la visión de la realeza en la época medieval, clave para entender su evolución en los siglos modernos. Así, en su obra *Los dos cuerpos del rey*, este historiador analizó los diversos caracteres que adquirió la monarquía y la realeza medieval, utilizando para ello los escritos de los juristas de aquel momento.

Il corpo del Re. Sacralità del potere nell'Europa medievale e moderna, de Sergio Bertelli, es otra obra de gran importancia para los estudios del ceremonial. De igual modo, Edward Muir ha aportado dos interesantísimos libros a la historiografía: *Civic Ritual in Renaissance Venice*, donde estudia un ceremonial tan particular como era el de la República de Venecia, y *Fiesta y rito en la Europa moderna*, obra en la que investigó el desarrollo de los rituales y su influencia en la población europea de la época. De este último libro me ha interesado especialmente el capítulo final, donde trata los ceremoniales de los gobiernos municipales. Roy Strong, en su obra *Arte y poder: Festivales del Renacimiento (1450-1600)*, estudió la elaboración de algunos ciclos festivos y ceremoniales de las dinastías europeas, como medio de exaltación y legitimación de su proyecto político. Este volumen ha sido importante para comprender la utilidad de los mensajes alegóricos que se incluían en las arquitecturas efímeras, tales como los arcos de triunfo. También ha sido de gran provecho la obra de Eric Hobsbawm y Terence Ranger, *La invención de la tradición*, un compendio de estudios sobre la invención interesada de ciertas tradiciones ceremoniales.

Centrándome un poco más en el estudio de la ceremonia festiva de la entrada real, he de citar algunas de las obras utilizadas. Especialmen-

te importante fue el libro de los historiadores Bernard Guenée y François Lehoux, *Les entrées royales françaises de 1328 à 1515*. Por su parte, Jacques Heers investigó el mismo periodo que la anterior obra en su *Fêtes, jeux et joutes dans les sociétés d'Occident à la fin du Moyen Âge*, donde analizó diversas tipologías de la fiesta en los territorios europeos, incluidos los de la península Ibérica. También debo mencionar los tres volúmenes que Jean Jacquot publicó entre 1956 y 1974 y que recibieron el título de *Les Fêtes de la Renaissance*. En ellos, varios especialistas analizaron las fiestas celebradas en la Europa del emperador Carlos V, interesándome, sobre todo, las aportaciones referidas a las entradas reales y, concretamente, la de C. A. Mardsen sobre las entradas reales y las fiestas españolas en el siglo XVI, donde este autor advierte de la falta de humanistas de renombre en el diseño de sus preparativos. Lawrence M. Bryant escribió otra obra de referencia sobre las entradas reales francesas: *The King and the City in the Parisian Royal Entry Ceremony: Politics, Ritual and Art in the Renaissance*. Este libro me ha sido de gran utilidad para establecer la estructura de la ceremonia y, en especial, para destacar aquellos elementos propios del triunfo romano.

En España, la falta de imágenes sobre las ceremonias y fiestas reales ha dificultado mucho su análisis, lo que inicialmente generó un desinterés por su estudio. Sin embargo, los trabajos pioneros de la profesora María Ángeles Pérez Samper se encargaron de vitalizarlo. Así, tanto su libro sobre la visita de Carlos IV a Barcelona como sus numerosos artículos sobre el retorno a la Ciudad Condal del «rey ausente» me han servido de introducción y guía para la realización de la tesis. El libro de José Manuel Nieto Soria, *Ceremonias de la realeza. Propaganda y legitimación en la Castilla Trastámara*, evidenció el impulso que esta dinastía dio a determinadas ceremonias como proceso de legitimación de su acceso al poder. Asimismo, también he utilizado el libro *La monarquía en escena*, del historiador del teatro Francesc Masip, quien analiza con claridad la utilización que la rama aragonesa de los Trastámara hizo de las ceremonias y las festividades como medio de propaganda dinástica. Por su parte, Miquel Raufast ha estudiado en numerosos artículos las entradas reales que tuvieron lugar en la Barcelona medieval, hasta el

reinado de Fernando el Católico, justo cuando empieza mi tesis. De esta manera, se trata la evolución de esta ceremonia desde su aparición en la Edad Media hasta la última celebrada en Barcelona durante la dinastía de los Austrias, la de Felipe IV, en 1626. No puedo finalizar este repaso breve a las obras que más han marcado el desarrollo de mi tesis sin citar el libro de la profesora María José del Río, *Madrid. Urbs Regia*, en el que se investiga la formación del ceremonial de la monarquía de los Austrias a medida que se implantó y desarrolló la corte en esa ciudad.

Documentación utilizada

La documentación con la que he trabajado para realizar la tesis ha sido muy amplia y diversa. En primer lugar debo mencionar aquella que ya ha sido publicada y que presento dividida en varias categorías:

- a) Los dietarios institucionales donde se recogían todas las noticias sucedidas en la ciudad, como el *Manual de novells ardis vulgarmment appellat Dietari del Antich Consell Barceloní* y los *Dietaris de la Generalitat de Catalunya*.
- b) Los compendios ceremoniales: *Llibre de les Solemnitats de Barcelona*, donde se registraban aquellas ceremonias y fiestas que habían supuesto un gasto extraordinario para el Consell de Cent, o las *Rúbriques de Bruniquer*: una recopilación del ceremonial del gobierno barcelonés, donde se regulan los privilegios y preeminencias de los *consellers* de Barcelona.
- c) Diarios personales. Son varios los diarios con los que he trabajado y que han aportado información muy valiosa de testimonios directos de los acontecimientos. Destacan los de Jeroni Pujades, Miquel Parets, Frederic Despalau o Perot de Vilanova. También ha sido reveladora la lectura del embajador del emperador en la corte, Hans Khevenhüller, conde de Frankemburg.
- d) Diarios de viaje. De ellos destaco sobre todo el diario de la jornada de Felipe II a la Corona de Aragón, en 1585, escrito por el arquero y cronista Henry Cock, y el diario de viaje de la reina María

de Hungría, hermana de Felipe IV, desde Madrid hasta Viena, redactado por su capellán, Juan de Palafox y Mendoza.

- e) Otros. Se han utilizado todas aquellas crónicas de los diversos reinados que nos atañen, como fueron los *Dichos y hechos del Rey D. Felipe II*, de Baltasar Porreño, o las *Relaciones de las cosas sucedidas en la corte de España desde 1599 hasta 1614*, de Luis Cabrera de Córdoba.

El grueso documental de la tesis se ha extraído de los archivos ubicados en Barcelona. En el Archivo Histórico de la Ciudad de Barcelona se han consultado varios registros; especialmente fructíferos han sido las *Deliberacions* del Consell de Cent, la correspondencia enviada y recibida por dicho organismo, la sección documental titulada *Cerimonial*, varios dietarios manuscritos o el registro de bandos y pregones públicos del Consell de Cent. Para el análisis del desfile de las cofradías ante el rey en la ceremonia de la entrada real, he consultado los libros de deliberación de las diversas cofradías de oficios que se recogen en el fondo *Gremis*; sin embargo, en muchas ocasiones apenas se conserva esta documentación para los siglos XVI y XVII. En el Archivo de la Corona de Aragón he trabajado sobre todo con el fondo Generalitat, concretamente con los registros de deliberaciones y la valiosa y detallada documentación económica de los gastos que suponía para esta institución la visita y llegada del rey, y algunos legajos del fondo Consell d'Aragó que me han aportado importante información sobre las consultas de este organismo acerca de los preparativos de las visitas regias.

En el Archivo Capitular de la Catedral de Barcelona he trabajado con la sección *Exemplaria*, que es un compendio de ceremonias celebradas en la catedral, así como un registro de informaciones y acontecimientos importantes relacionados con el cabildo catedralicio. Esta documentación ha sido muy poco utilizada por los historiadores y ha resultado ser una interesante fuente para la tesis. En la sección Reserva de la Biblioteca de la Universidad de Barcelona se custodian numerosas relaciones impresas de fiestas reales que proliferaron a partir del siglo XVII. Sin embargo, la más valiosa de ellas ha sido la que recoge

la entrada de Felipe II en Barcelona, en 1564, escrita por el poeta castellano Baltasar del Hierro, contratado por el Consell de Cent y por la Generalitat para ello; lo que, a su vez, contradice la idea, antes expuesta, de C. A. Mardsen de que en los festivales ibéricos no participaban humanistas. También ha sido muy útil la información extraída de los anales del convento dominico de Santa Catalina, que recibió frecuentemente la visita de los reyes por albergar en sus muros el cuerpo de san Ramon de Penyafort. Así, como se puede comprobar, el cuerpo documental de la tesis se ha obtenido, en su mayoría, de los archivos y bibliotecas de la ciudad; sin embargo, también se ha trabajado con algunos manuscritos de la Biblioteca Nacional de Madrid, y con relaciones impresas del paso de los miembros de la Casa de Austria por Barcelona.

Sinopsis

Como he escrito anteriormente, el periodo cronológico que abarca mi tesis es bastante amplio: se inicia el estudio con la primera entrada real de Fernando el Católico en la ciudad y finaliza en las postrimerías del siglo xvii, con los últimos intentos de que Carlos II visitase el principado. El motivo de remontarme hasta los Reyes Católicos se debe a que su reinado supuso un periodo de transición entre el mundo medieval y el moderno. Así pues, algo más de dos siglos en los que fueron numerosos los reyes, reinas y príncipes que pasaron por la Ciudad Condal. Es por esto por lo que creí conveniente componer un primer relato donde se contextualizasen, por orden cronológico, todas las visitas reales que se produjeron en Barcelona durante ese tiempo. Soy consciente del riesgo que suponía el intentar resumir doscientos años de historia de Cataluña en apenas sesenta páginas, pero creo que era necesario hacerlo para poder mostrar las relaciones entre el rey y sus súbditos catalanes y tener una visión de conjunto de la evolución de los ceremoniales tanto cívicos como los propios de la monarquía. Por eso, he tratado de escribir un relato coherente destacando la situación y motivos de los reyes para emprender los costosos y tediosos viajes a la Corona de Aragón.

He identificado tres etapas bien diferenciadas en cuanto a la frecuencia de las visitas reales:

1. Desde el reinado de Fernando el Católico hasta 1551. Esta etapa corresponde a los años de la corte itinerante y se caracteriza por las numerosas idas y venidas a Barcelona, tanto de Fernando el Católico como de su nieto Carlos V, condicionadas por sus necesidades políticas en cada momento; destacan entre todas la de este último, en 1519, cuando residió en la ciudad algo más de un año. Durante este primer periodo, la Ciudad Condal jugó un papel relevante como punto geoestratégico desde donde zarpaban y anclaban las armadas reales del emperador, además del importante desarrollo de la construcción naval que tenía lugar en sus atarazanas. En este sentido, cabe destacar la estancia del emperador Carlos V en 1535, cuando reunió en aguas barcelonesas la gran flota que zarpó rumbo a la conquista de Túnez. Finalmente, cierran este periodo las sucesivas visitas a la ciudad, entre 1548 y 1551, del príncipe Felipe, del archiduque Maximiliano de Austria y de su esposa e hija del emperador María de Austria.
2. Desde la 2.^a mitad del siglo XVI hasta la Guerra dels Segadors. Etapa que coincide con la sanción de la hegemonía hispánica tras la firma del Tratado de Cateau-Cambrésis (1559). La corte fijada en Madrid, desde 1561, era la más importante de Europa y a ella se dirigían constantemente príncipes, embajadores, legados pontificios y nuncios apostólicos para entrevistarse con Felipe II. Es en estos años cuando Barcelona vio pasar por sus calles a un mayor número de huéspedes ilustres, entre ellos varios miembros de la realeza europea. En primer lugar, hay que hacer mención de las visitas obligadas de los soberanos para jurar las constituciones y privilegios de Cataluña y Barcelona o para celebrar Cortes: Felipe II en 1564 y 1585; Felipe III y su esposa Margarita en 1599, y Felipe IV en 1626 y 1632. Entre las visitas de personas de sangre real destacan: la llegada de los príncipes de Bohemia y Hungría, Rodolfo y Ernesto, en 1564; la ida y vuelta a la corte del archidu-

que don Carlos de Austria (1568-1569); el paso de la emperatriz y hermana de Felipe II, María de Austria, ya viuda, en 1582, cuando regresaba de Viena, donde había pasado treinta años; los del duque de Saboya, en 1585 y 1591; el archiduque Alberto, en 1595; las sucesivas visitas a la ciudad de los infantes de Saboya a inicios del siglo XVII o la larga estancia de María de Hungría, hermana de Felipe IV, en 1630, cuando se dirigía a Viena.

3. Segunda mitad del siglo XVII. En este periodo se perdió la hegemonía en Europa y, por tanto, la pérdida de poder de la corte madrileña. Esto implicó el descenso de las visitas a la corte debido a su menor peso específico comparado con las cortes de Londres, París o Viena. Este descenso de visitas reales tuvo su reflejo en Barcelona, donde el paso de personas de sangre real se redujo drásticamente. Como paradigma de ello está la propia ausencia de Carlos II, que ni tan siquiera viajó a la ciudad para jurar como su nuevo conde. Así, únicamente destaca el paso de la infanta Margarita Teresa de Austria cuando se dirigía a Viena tras haber contraído matrimonio con el emperador Leopoldo.

Tras la contextualización de las visitas, he iniciado el estudio fijándome en dos de sus aspectos esenciales, apenas tratados por la historiografía: el aposentamiento y abastecimiento del rey y su corte. Ambos responden al derecho de los reyes de ser alojados y alimentados por la ciudad que visitaban y que ya aparece recogido en los corpus jurídicos medievales, como *Las Siete Partidas* de Alfonso X. Respecto al primero, he intentado dar respuesta a algunas cuestiones: ¿quién tenía derecho a ser aposentado?, ¿quién pagaba los gastos del alojamiento?, ¿qué casas y palacios se escogían para hospedar al rey y su corte? O ¿cuál era el *modus operandi* acostumbrado a la hora de realizar la tarea de aposentar al soberano? Estas preguntas no siempre fueron fáciles de responder, ya que el criterio variaba según la coyuntura política y económica del momento. En primer lugar, hay que dejar claro que las leyes de Barcelona establecían el aposentamiento únicamente para el rey, la reina, el primogénito y el papa. El hospedaje del resto de las personas, ya fueran de

sangre real o no, estaba sujeto a la voluntad de las autoridades ciudadanas y fue necesaria la negociación entre los representantes de la monarquía, especialmente el virrey, y el Consell de Cent para establecer si la ciudad debía o no ofrecerles alojamiento.

La tarea de alojar a la corte era ardua y no está exenta de conflictos. Los aposentadores del rey, que se trasladaban con varios días de antelación a la ciudad, se encargaban de valorar, junto con los oficiales del gobierno municipal, qué casas y palacios eran adecuados para albergar al soberano y su séquito. En no pocas ocasiones encontraron serias reticencias de la población a albergar en sus hogares a desconocidos. En este sentido, el aposentamiento de la corte de Felipe III, en 1599, fue bastante polémico y levantó las quejas de un gran número de barceloneses. Se valoraba una serie de criterios a la hora de escoger un palacio para el monarca: edificios grandes, con una capacidad de aposento importante y con espaciosas salas para las audiencias; ubicación céntrica y cercanos a templos religiosos; temperaturas óptimas, en especial salas frescas para los calurosos veranos, o buenas vistas. En este sentido, en Barcelona se valoraba mucho que tuviese pared directa hacia el mar. A lo largo del siglo XVI, los soberanos acostumbraban a alojarse en el palacio del marqués de Aitona, en la calle Ample. Sin embargo, Felipe IV escogió el palacio de los duques de Cardona, también en la misma calle, en su primera visita a la ciudad, en 1626. Este edificio ofrecía algunas ventajas al rey, como su ubicación junto al monasterio de Sant Francesc, donde se celebraban las Cortes. Incluso se diseñó desde la corte un plan de remodelación y adecuación del palacio para una posible estancia larga del Rey Planeta en la ciudad; pero la ciudad se negó a realizar desembolso de dinero alguno para las obras planeadas en dicho edificio. Aun así, este palacio se convirtió en la residencia habitual para los miembros de la familia real cuando viajaban a la ciudad.

En cuanto al abastecimiento de la ciudad para la visita del rey, he tratado aquellas medidas que tomó el Consell de Cent para asegurar el suministro de trigo y carne para sustento de la corte, cuyos miembros exigían alimentos de calidad. Así, la llegada del rey a la ciudad obligaba a los *consellers* a realizar un sobresfuerzo para conseguir un buen grano

con el que hacer el preciado pan blanco que consumía el rey y, todo ello, pese al habitual déficit cerealístico que padecía la ciudad. El problema se agravaba a medida que se prolongaba la estancia de la corte en Barcelona, lo que conllevaba que los *consellers* tratasen, por todos los medios, de conseguir grano, agotando a menudo las existencias previstas para el consumo ordinario. Esta necesidad provocó que, no pocas veces, los cereales que llegaron a la urbe para abastecer la corte fueran de mala calidad e incluso estuvieran en mal estado, como se deduce de la correspondencia de las autoridades municipales con sus proveedores y agentes repartidos por varias ciudades de la Corona, especialmente Zaragoza y Perpiñán. El abastecimiento de grano para alimentar al rey fue un problema aún mayor en años de malas cosechas. Por ejemplo, desde que Felipe IV abandonó Barcelona en 1626 sin concluir la Cortes, los rumores de su regreso para finalizarlas en los años siguientes fueron continuos, coincidiendo este posible retorno con unas añadas desastrosas que trajeron el hambre a Cataluña. Fue entonces cuando los *consellers* echaron mano del antiguo privilegio *vi vel gratis*, que les permitía requisar cargamentos enteros de grano para sustento de la ciudad.

La corte del rey era una gran consumidora de carne, así que la ciudad debía asegurar también unas reservas cárnicas suficientes para satisfacer la demanda del rey y su séquito mientras residiesen en la ciudad. El gobierno municipal se encargaba de regular la entrada de animales para ser sacrificados y la venta de su carne. Así, en ocasiones tan importantes como una visita real, establecía una serie de disposiciones extraordinarias para asegurar el abastecimiento de carne de la mejor calidad para el consumo del monarca. Una de ellas era el incremento del número de cabezas a sacrificar en el matadero y la permisión de que en ellos se colocasen más mesas para poder cortar y vender la carne. Se encargó que se controlase el acceso de los rebaños a la ciudad, como ya se hacía habitualmente, pero seleccionando aquellos animales que parecían de mejor calidad para consumir su carne en los numerosos banquetes que se celebraban durante la estancia del rey. Del mismo modo, se trató de asegurar la provisión de pescado nombrando, mediante privilegio, a un pescador para que proveyese a la corte. Para ello se establecía que to-

dos los pescadores del litoral catalán le ofreciesen sus capturas y que le facilitasen su transporte hasta donde se encontrase la corte. Así, hay que indicar que el abastecimiento del rey y su séquito obligaba a las autoridades municipales a establecer toda una serie de determinaciones extraordinarias que permitiesen y facilitasen el arribo de alimentos a la ciudad.

El cuerpo central de la tesis está dedicado al estudio de los ceremoniales y rituales. Decidí no solo analizar los recibimientos que se ofrecían a los reyes sino también ver cómo eran los que se les daba a otros príncipes extranjeros; a los legados y nuncios apostólicos y otros miembros destacados de la jerarquía eclesiástica; a los virreyes de Cataluña cuando llegaban a la ciudad para tomar posesión de su cargo y, por último, a los grandes nobles que pasaban por ella. He tratado, pues, de realizar un estudio comparativo para poder detectar qué rituales se celebraban, o no, en cada caso. Ciertamente, la llegada del rey era un hecho de gran importancia para los barceloneses. Por eso, cuando el soberano se aproximaba a la ciudad, todos los tribunales institucionales salían a recibirle, en estricto orden jerárquico, para darle la bienvenida y ofrecerse en todo aquello que necesitase. Todo esto se acompañaba de una serie de rituales simbólicos que estructuraban y armonizaban el encuentro entre el soberano y sus súbditos. El último de estos tribunales en salir era el del gobierno municipal, encabezado por los *consellers*, quienes, una vez ante el rey, lo acompañaban todo el camino hasta las murallas de la urbe o hasta el monasterio de Valldoncella en caso de que se fuese a celebrar una entrada real. En este punto, la cuestión de la salvaguarda de las precedencias de cada integrante de la comitiva generó constantes conflictos y desacuerdos ceremoniales. Cabe resaltar la posición de los *consellers* de Barcelona, que aparecían en las ceremonias como cuerpo político y no permitían que nadie se graduase entre ellos.

La llegada del monarca a la ciudad por mar ponía en marcha unos protocolos de actuación diferente. La entrada de galeras en la playa de Barcelona se regulaba mediante un complejo sistema de saludos con salvas de artillería. Si en las galeras se encontraba alguna persona real, la ciudad debía disparar sus cañones en primer lugar para saludarle. En caso contrario, eran las galeras las que estaban obligadas a saludar a la

ciudad. Este ritual exasperó a muchos almirantes castellanos y genoveses que no comprendían por qué debían saludar a una ciudad de la monarquía. Y es que las armadas del rey eran consideradas por los catalanes como extranjeras y es por ello por lo que debían realizar sus salvas como señal de respeto. Otro momento clave del recibimiento por mar era el desembarco en un puente que la ciudad construía para la ocasión. Solo el rey, la reina y el primogénito gozaban de este derecho. Estos puentes ceremoniales, de origen medieval, tuvieron gran éxito en el siglo XVI; se decoraban ricamente con tapices y pinturas y simbolizaban un ritual de paso del peligroso mar a la seguridad que ofrecía la ciudad.

Tras establecerse la sucesión del Imperio a favor del archiduque Maximiliano y el establecimiento de la corte en Madrid, se produjo una reformulación del ceremonial regio con el objetivo de defender la primacía y el prestigio de la monarquía de Felipe II frente a las otras coronas europeas, principalmente frente a la rama austríaca de la dinastía Habsburgo. Este hecho afectó directamente a la ciudad de Barcelona, ya que, a partir de ese momento, experimentó un mayor trasiego de personas de sangre real y otros viajeros ilustres que iban y venían de la corte. La situación geográfica y estratégica de Barcelona la convertía en un puerto de referencia para la entrada y salida de la península. Se puede afirmar, de este modo, que Barcelona se convirtió en la puerta de la península y, por consiguiente, la primera ciudad de la península que pisaban los viajeros, tras las largas y peligrosas travesías marítimas. Así, en las cartas enviadas por los monarcas a las autoridades catalanas para avisar del próximo arribo de un príncipe extranjero, el discurso cambia y se hace hincapié en que será en esa ciudad donde el huésped tendrá su primer recibimiento de consideración por ser capital de Cataluña y puerta de la península. Esto, claro está, obligaba a recibirlo de la forma más solemne posible. Ya no es la ciudad la que recibe a un huésped sino que es la propia monarquía la que lo hace. De este modo, el paso de personalidades por la urbe generará continuos debates sobre si los *consellers* debían salir, o no, a recibir al huésped, dependiendo de su rango y, por supuesto, de las propias necesidades políticas de Barcelona.

La importancia y exclusividad de la entrada real me obligaron a detenerme y profundizar en su estudio. Heredera de dos referentes claros, como eran el triunfo romano y el *adventus* de Cristo en Jerusalén, esta ceremonia se difundió con gran éxito en los siglos medievales por toda Europa, especialmente a partir del siglo XIV. En Barcelona solo el rey, la reina y el primogénito tenían el privilegio de realizar esta ceremonia. Estaba dotada de un gran simbolismo, ya que era el primer encuentro entre el señor y sus nuevos súbditos; es decir, una renovación de los pactos feudovasalláticos entre ambos y, por lo tanto, con pleno carácter jurisdiccional. El rey entraba en la ciudad bajo palio, acompañado de las autoridades municipales y entre los vítores del pueblo, siguiendo un itinerario centrípeto y apropiándose de manera simbólica de sus espacios emblemáticos. La ceremonia culminaba con el juramento de los privilegios de la ciudad por parte del soberano, que se comprometía a respetarlos.

Su carácter procesional me ha permitido desgranar la entrada real en fases o tramos para facilitar su análisis y la identificación de los rituales que tenían lugar en ella: la llegada del rey hasta el portal de Sant Antoni, donde se hacía la entrega de llaves al rey; la entrada bajo el palio cuyas varas sujetaban los *consellers* de la ciudad; el juramento de los privilegios de Barcelona en la plaza de Sant Francesc; el desfile de las cofradías, donde he intentado aportar algunas informaciones acerca de su composición gracias a la documentación gremial; el paso por la cárcel y las imploraciones al rey de justicia por parte de los presos; la entrada en la catedral y el juramento de la defensa de las inmunidades y privilegios de la Iglesia, y, finalmente, el acompañamiento hasta el palacio donde posaba el rey y acababa la ceremonia.

Posteriormente, he tratado las decoraciones efímeras que las instituciones de la tierra mandaban construir para las entradas reales, especialmente arcos de triunfo. En Barcelona, estos aparatos efímeros aparecieron por primera vez en la entrada de Isabel I de Castilla, en 1481, que, por otro lado, fijó un modelo de ceremonia para todas las que tuvieron lugar a posteriori. En esa ocasión, se llevó a cabo por primera vez en el portal de Sant Antoni una representación del descendimiento

de santa Eulalia desde un cielo en movimiento, mediante una tramoya, mientras recitaba unos versos en alabanza de la reina. La ceremonia de entrada de Carlos I, en 1519, ya motivó la construcción de decorados que dejaban entrever la introducción del Renacimiento. Sin embargo, fue en la entrada de su esposa, la emperatriz Isabel, en 1533, cuando ya se constata el afianzamiento de los postulados renacentistas en la ciudad. Se erigieron para la ocasión edificios efímeros a modo de Coliseo y se levantaron, pese a que no se acabaron, los primeros arcos de triunfo. Para todo ello se utilizaron los órdenes clásicos de construcción en columnas y pilares.

Para la primera visita de Felipe II ya como rey, en 1564, se construyeron varias arquitecturas efímeras. Gracias a la descripción que hizo de ellas el poeta castellano Baltasar del Hierro pude conocer detalladamente el programa alegórico que diseñaron las autoridades catalanas para recibir al soberano. El momento por el que pasaba Cataluña era muy delicado, ya que en el norte soportaba la presión de los hugonotes franceses. Incluso corría el rumor de que se les estaba dando cobijo en el principado. Por eso la ciudad de Barcelona quiso presentarse ante al monarca como un bastión del catolicismo frente a la amenaza de los protestantes franceses. En consecuencia, en las decoraciones efímeras —destacando entre todas la gran portalada que el Consell de Cent construyó en el portal de Sant Antoni— se hacía constante referencia a la lucha contra los enemigos de la monarquía, principalmente los herejes protestantes y los infieles musulmanes. Y es que había que disipar cualquier sospecha de connivencia catalana con los protestantes y dejar bien claro al monarca el alineamiento de Barcelona con el proyecto político de la monarquía. La entrada real de Felipe III se caracterizó por la presencia de grandes aparatos efímeros construidos por las instituciones de la tierra, especialmente por la Generalitat. Lamentablemente, desconocemos su programa iconográfico, ya que las pocas descripciones que tenemos de la entrada no hacen apenas referencia a los mensajes alegóricos que contenían los arcos de triunfo. Por último, la entrada real de Felipe IV se caracterizó por la ausencia de decoraciones efímeras de relieve; quizá por la rapidez con que Felipe IV tomó la decisión de

viajar hasta Barcelona para jurar las constituciones y privilegios de Cataluña, o quizá por la mala situación económica que padecían tanto el consistorio municipal como la Generalitat. Lo cierto es que la entrada real de Felipe IV fue la más austera de las que se produjeron en Barcelona en todo el periodo de los Austrias.

La llegada del rey a Barcelona era un gran acontecimiento que se festejaba con espectáculos, juegos y bailes por toda la ciudad. Por eso, en esta tesis no se podía obviar su estudio, ocupándome durante algunas páginas del carácter más lúdico y festivo de las visitas reales. Importante era la celebración de los tradicionales tres días y tres noches de luminarias, decretados por el Consell de Cent, donde el elemento esencial era el fuego. Todas las calles, plazas y edificios se iluminaban convirtiendo, como solía apuntar las relaciones de estos festejos, la noche en día. Durante estos días, los barceloneses bailaban y danzaban al son de las músicas que interpretaban las coblas que llegaban a la ciudad, procedentes de toda Cataluña, para actuar en los festejos en honor del soberano.

También he fijado mi interés en los torneos que se celebraban por la llegada del rey. Durante la Edad Media y la primera mitad del siglo XVI, los propios monarcas solían participar en estos espectáculos de armas, en cualquiera de sus versiones: justas, quintanas, estafermos, juegos de cañas o pasos de armas. Sin embargo, la muerte del rey de Francia, Enrique II, en uno de estos torneos, en 1559, alejó definitivamente a los príncipes europeos de los palenques, ya que ponía en peligro la continuidad de las dinastías reinantes. En Barcelona, la cofradía de Sant Jordi, aparecida en 1565, fue la encargada de organizar los torneos que se celebraron ante los monarcas y príncipes que visitaron la ciudad. Destaca, sobre todo, el organizado para la visita de Felipe III, en 1599, en el que participaron cuatro cuadrillas que aparecieron con carros triunfales alegóricos. A partir de esa fecha, los torneos, tanto ordinarios como extraordinarios, que se celebraron durante la primera mitad del siglo XVII, fueron de gran formato. Y como Felipe IV comprobó, los torneos celebrados en los reinos de la Corona de Aragón gozaban de gran vitalidad, llegando incluso el monarca a participar en un juego

con estafermo, junto a su hermano don Carlos, en su segunda visita a Barcelona en 1632. Claro está, Felipe IV resultó vencedor tras ganar los lances que tuvo con el conde de Peralada. Sin embargo, durante la segunda mitad del siglo XVII la celebración de espectáculos caballerescos languideció y los que se celebraron se hicieron en el interior de los palacios señoriales.

El bloque central de la tesis, centrado en aspectos ceremoniales y festivos, concluye con un análisis de la relación de la monarquía católica con la liturgia religiosa, siempre en el marco de la estancia real en Barcelona. En primer lugar, es necesario hacer hincapié en el hecho de que en la Edad Moderna era prácticamente imposible distinguir entre los ámbitos civil y religioso, ya que este estaba presente en numerosas parcelas del primero y viceversa. Este hecho se puede detectar desde la sacralización de las monarquías medievales que ya autores clásicos como Marc Bloch o Ernst Kantorowicz estudiaron. He de decir que las obras de estos dos autores han sido determinantes a la hora de redactar este capítulo. Así, he enfocado el estudio del rey en el altar desde la figura, de origen ancestral, del rey-sacerdote para llegar a la posterior figura, ya medieval, del rey como vicario de Jesús, donde el monarca era concebido como una figura sempiterna, a caballo entre el mundo terrenal y el mundo divino. Muy relacionado con la figura del rey-sacerdote se encuentra el canonicato de la catedral Barcelona, al que tenían derecho los soberanos de la Corona de Aragón y cuya toma de posesión hacían efectiva en su primera visita a la ciudad.

Durante su estancia en la ciudad, los reyes acostumbraban a visitar la catedral de Barcelona y el resto de las iglesias, conventos y monasterios de la ciudad. Los motivos de la visita eran varios: asistir a las oraciones, conocer los templos donde se custodiaban las tan preciadas reliquias de los santos e, incluso, poder observar y cerciorarse de que el modo de vida del clero se ajustaba a las reglas de la orden a la que pertenecían. Sin embargo, la visita de estos monarcas a los templos solía generar algunos choques ceremoniales, sobre todo entre los capellanes del rey que lo acompañaban en sus viajes y las dignidades eclesiásticas autóctonas. Las fricciones surgían a la hora de asistir al rey en

los oficios y misas a los que asistía. El clero nativo se aferraba a los privilegios de la Iglesia de Barcelona para asistir al soberano, tal como se había hecho desde tiempos medievales; mientras que los capellanes reales recurrían a la etiqueta cortesana que regulaba la asistencia al rey en palacio y que pretendían imponer también en sus jornadas a otros reinos. Así, el contacto de dos tradiciones ceremoniales con un mismo objetivo, asistir al soberano en el altar, a veces provocaba fuertes desavenencias, reflejo de la realidad política del momento y del distanciamiento progresivo de los soberanos de los reinos de la Corona de Aragón. Con todo, es de obligada mención constatar que el rey normalmente favoreció la tradición de cada uno de sus territorios y, por consiguiente, se postuló a favor de las dignidades eclesiásticas autóctonas.

Otro de los aspectos tratados es la presencia del rey en las procesiones que tenían lugar en la ciudad, especialmente la del Corpus Christi, que era la más importante. Desde la adopción en la península Ibérica de esta fiesta, los reyes de la Corona de Aragón siempre participaron en ella, allá donde se encontrasen, llevando una vara del palio bajo el que desfilaba el Santo Sacramento. Así, tanto Juan II como su hijo Fernando el Católico fueron asiduos participantes de esta festividad y desfilaron varias veces en el Corpus barcelonés. Sin embargo, el progresivo distanciamiento del rey de sus territorios aragoneses se reflejó en una permanente ausencia del soberano en estas procesiones. Así, pese a la devoción de los miembros de la Casa de Austria por el Santo Sacramento, Carlos V tan solo participó alguna que otra vez en el Corpus de Barcelona, mientras que su hijo Felipe II prefirió pasar esta fiesta recogido en su monasterio de San Lorenzo de El Escorial. No fue hasta la visita de Felipe III, en 1599, cuando se volvió a ver en las calles de Barcelona al rey en procesión; sin embargo, en esta ocasión ya no portaba una de las varas del palio sino que desfilaba tras el Santo Sacramento, solo y con un cirio en la mano, quizá rememorando el cautiverio de Jesús. Esta imitación de la figura de Jesús o *christomimetes*, de raíz medieval, llevaba a los reyes de la dinastía Habsburgo a participar de forma activa en los ritos y ceremonias que tenían lugar en la Semana Santa. Y así lo pudo comprobar el reducido número de barceloneses

que presenció el lavatorio de los pies de doce pobres que llevó a cabo Felipe IV, en 1626, en un acto de piedad cristiana, asistido entre otros por el propio conde-duque de Olivares y en presencia del legado pontificio de Urbano VIII, el cardenal Francesco Barberini.

Concluyo la tesis abordando la dimensión económica de las visitas reales, a menudo un aspecto poco tratado por la historiografía y que, bajo mi punto de vista, ha resultado muy revelador. En este sentido, creo que mi trabajo aporta una visión novedosa, resaltando aquellos aspectos económicos relacionados con la llegada del rey a la ciudad. Desde la sedentarización de la corte, tras su establecimiento en Madrid, el traslado del rey y su séquito a otra ciudad fue mucho más costoso y consumió importantes recursos económicos. Todo ello agravado por el desarrollo de la solemnidad y la pompa propias de la monarquía del siglo xvi. Por eso, dada la habitual estrechez de la Hacienda real, muchas jornadas tuvieron que aplazarse por no poder disponer de recursos para emprender un viaje con el decoro requerido. En alguna ocasión el monarca solicitó préstamos a las ciudades para poder llevar a cabo o proseguir un viaje; tal fue el caso de la emperatriz María de Austria cuando llegó a Barcelona en 1582 y pidió al Consell de Cent una ayuda económica para poder proseguir su camino hasta la corte de su hermano Felipe II.

Para la ciudad, la llegada del rey también suponía un importante desembolso monetario que se incrementó drásticamente a raíz de la aparición de las costosas arquitecturas efímeras. Así, las instituciones catalanas se vieron obligadas a realizar un mayor esfuerzo económico para ofrecer al monarca un recibimiento que colmase sus expectativas. El problema principal a la hora de abordar el estudio económico de las visitas reales ha sido la falta de documentación, sobre todo la referente al Consell de Cent. Por suerte, en el Archivo de la Corona de Aragón se custodian los libros de gastos extraordinarios de la Generalitat que esta ordenaba escribir con motivo de las visitas de reyes y príncipes o de otros festejos reales, tales como los natalicios de infantes e infantas de la Casa de Austria. Esto me ha permitido trazar la evolución del gasto público de esta institución y formular una primera hipótesis de un

aumento continuado a lo largo de la segunda mitad del siglo XVI, que llegó a su punto máximo con la visita de Felipe III, en 1599, que supuso para la Generalitat un dispendio de 62.500 *lliures*. A partir de esa fecha, y coincidiendo con un cambio de la coyuntura económica en Cataluña, el gasto se redujo y se controlaron más las partidas depositadas por la Generalitat en la Taula de Canvis de la ciudad para que pudiera disponer de ellas el *regent los comptes* de la institución. Así, se puede comprobar cómo para las dos visitas de Felipe IV, en 1626 y 1632, y para la de su hermana María de Hungría, en 1630, estas partidas fueron mucho menos cuantiosas pero más numerosas, disponiéndose en la Taula de Canvis según las necesidades de los pagos; todo lo contrario que en la anteriormente citada visita de Felipe III, en la que las partidas fueron pocas pero de grandes sumas de dinero.

Parte de culpa del aumento del gasto en las fiestas y ceremonias lo tiene la finalización del Concilio de Trento, en 1564, que supuso un mayor impulso de las manifestaciones públicas de la fe. La mayor solemnidad con que se dotó a los actos litúrgicos y festividades religiosas tuvo su reflejo en un aumento considerable del consumo del fuego, elemento purificador y esencial para la devoción de la comunidad cristiana. Por eso he tratado de desgranar cómo se tradujo este aumento del gasto en el consumo de algunos productos esenciales para las fiestas regias de época moderna, concretamente aquellos que permitían la producción y mantenimiento del fuego: la tea, las linternas, las candelas de sebo y de cera, el aceite o los petardos y cohetes. También he analizado los costes de la música, es decir, la contratación de las coblas de trovadores y los pagos a trompeteros, ministriles y atambores. Así pues, se constata que la llegada del rey a la ciudad supuso una oportunidad de negocio para muchos artesanos de la ciudad, que incrementaron sus producciones para satisfacer la demanda festivo-lúdica de la corte.

Algunos de los gremios más beneficiados fueron el de los vendedores de telas y el de los sastres. Las instituciones regnícolas repartían entre sus oficiales sumas de dinero, según su rango, para que pudieran comprar ropas adecuadas para recibir al rey y para participar en las

ceremonias, torneos y otros festejos. En este sentido, la participación de Felipe IV y su hermano don Carlos en el torneo celebrado en su honor en 1632 benefició mucho a aquellos tenderos de la ciudad que poseían las telas más caras y ricas, que fueron con las que se confeccionaron los trajes del rey. Los maestros carpinteros que participaron en la construcción de los aparatos efímeros fueron muy numerosos, trabajando con ellos sus aprendices y mozos; ciertamente, la construcción de estos arcos de triunfo movilizó un gran número de recursos humanos. Armeros, plateros, herreros, escultores y pintores también fueron algunos de los artesanos que más actividad tuvieron en la preparación de las visitas reales. Se necesitó un gran número de hombres para transportar la tea por los edificios, encender las linternas, vigilar las obras y preparativos de la visita, o para allanar las plazas donde se celebraban los torneos. Así, se puede afirmar que, pese a los gastos que suponía para las instituciones, la visita del rey dinamizaba la economía de los barceloneses, ya que casi todos los sectores productivos de la ciudad veían incrementadas sus actividades económicas ordinarias.

Epílogo

Con esta tesis he intentado aportar mi modesta contribución para entender mejor el complejo encaje de Cataluña en la monarquía hispánica. La llegada de Carlos I a Barcelona y la celebración de la reunión del Capítulo de la Orden del Toisón de Oro en la ciudad, en 1519, abría una nueva etapa política para el principado, que, a partir de ese momento, entraba de lleno en una nueva entidad política, compuesta por un conglomerado de territorios muy diversos y distintos entre ellos, y con diferentes tradiciones políticas, culturales e incluso jurídicas. A partir de ese momento, el distanciamiento del conde de Barcelona de sus súbditos se hizo más evidente, pese a las numerosas idas y venidas del emperador, y se agudizó, aún más, tras la fijación de la corte en Madrid. En este sentido, Barcelona, pese a pertenecer geográficamente a la península Ibérica, formaba parte de la periferia del Imperio, y debía

adecuarse a su nueva posición. Aun así, la ciudad jugó un papel muy destacado como puerta de entrada y salida de los reinos ibéricos del soberano. En este punto, la llegada del rey a la ciudad ponía en contacto dos tradiciones ceremoniales. Los rituales cívicos del gobierno municipal chocaron, en ocasiones, que no siempre, con el ceremonial monárquico que se fue conformando en la corte de Madrid. Así, los *consellers* de Barcelona se erigieron en celosos guardianes de la tradición, como medio de supervivencia y control efectivo del poder en la ciudad, frente a las vulneraciones ceremoniales de los oficiales reales o frente a la nobleza cortesana y a los capellanes reales que acompañaban al monarca en sus viajes. Sin embargo, el ceremonial es flexible y, pese a ser una repetición de rituales y prácticas simbólicas, las ceremonias se podían moldear y adaptar a las necesidades políticas del momento. Así, quedaba a disposición de la voluntad de los *consellers* su cumplimiento estricto o su vulneración, según los intereses de la ciudad.

Finalmente, quiero recalcar que esta tesis no pretende ser un trabajo cerrado, pues su escritura ha suscitado numerosas preguntas que abren nuevos campos de investigación. En el tintero han quedado aspectos que me hubiera gustado tratar, como la profundización en el estudio del papel de Barcelona como vertebradora del espacio ceremonial catalán. Algunas informaciones evidencian una preeminencia en materia ceremonial de los *consellers* de Barcelona sobre otras instituciones y, en particular, sobre el resto de las ciudades. En este sentido, los diputados de Cataluña y los *jurats*, *consellers* y *paers* de otras ciudades acostumbraron a consultar y a seguir el proceder de los *consellers* en esta materia. Así pues, espero haber dado un poco más de luz al conocimiento de la presencia real en la Barcelona de los Austrias y, a su vez, despertar la curiosidad del lector que quiera seguir indagando y reconstruyendo las relaciones entre los reyes de la dinastía Habsburgo y sus súbditos catalanes.